

# El Cantar de los Cantares

Evaristo Ribera Chevremont

## I

**A**lgunos expositores católicos han tomado el Cantar de los Cantares como la unión espiritual de Jesús y la Iglesia; pero yo, prescindiendo de tal interpretación, veo en esta alegoría maravillosa, el matrimonio de la mente y el espíritu en cada hombre, dentro del cual se mueven los poderes mágicos de una potente cosmogonía. Sigamos este canto como una loa a la Mujer, aunque en realidad el poeta se refiere al casamiento del divino Heros y la humana Psiquis, para realizar el supremo ideal de la iniciación oculta, único y eterno Masculino-Femenino. La amada y el amado van a fundirse en uno para entrar de lleno en el camino del Amor o Sabiduría Divina. Es este Amor o Sabiduría Divina la esencia máxima del Ser en cuyo espíritu se afianza el sentimiento de un mundo mejor y más hermoso, pleno de las hermosuras que se ven y de las cuales son un reflejo las hermosuras que nos rodean. El sentido de estas páginas, inspirado en un puro deseo de dar al libro del sabio la gloriosa expresión de una idea altísima, no ha de apagarse si se tiene en cuenta que todos los poemas antiguos iban encaminados a la representación de un pomposo enlace entre el alma y Dios, entre el alma y el entendimiento, entre la voluntad y el pensamiento divino. El fin principal de este estudio a flor de piel, sin pretensiones de profundidad trascendental, es demostrar cómo la imagen, que es hoy el medio escogido por los poetas de vanguardia para plasmar sus más recónditas emociones e impresiones, es, realmente, el lenguaje poético por excelencia.

Los siete capítulos o cánticos que, en los siete días o siete noches de sus bodas, entona el rey de los seis nombres, en la suntuosa cámara en púrpura y oro, son, para mí, el primer arco triunfal que el Poeta levanta, bajo el ala de Dios, al Amor y a la Belleza. Nadie ha dicho de

la mujer, tomando a la Mujer como síntesis de las hermosuras divinas y humanas, el primoroso secreto revelado en suavísimas palabras, perfume del verso, espuma del lenguaje, oro celeste engarzado en la diadema pálida de las horas. Espléndidos desposorios aquellas bodas de reyes, bodas del magnífico Señor para quien un insecto cortara las piedras con que fue construido su templo, bodas del Dios de las tantas riquezas con la hija del Faraón. ¡Bendito el canto, el más bello de cuantos conozco, en el que se celebra el más sublime acto: el maridaje de la mente y el espíritu! ¡Glorificado himno de los grandes enigmas, en el idioma claro y sencillo de las azucenas y las aguas! ¡Casto lenguaje parabólico, del cual se desprende la cándida y radiante esencia que viene a ser como la substancia matriz de la inmortal literatura! ¡Sonoro epitalamio que empieza con el trémolo argentino de las flautas en los valles y termina con la sinfonía febril de las cigarras entre las hierbas!

Ya están los pastores en el primer día de sus bodas. Es el primer paso de la iniciación en el camino de la Sabiduría Divina. La mente anublada con su luz en lo recóndito, piensa en el punto donde ha de encontrar la hermosura y la emoción que ha de sonrosarle en los brazos de su amado, el espíritu. Negra y formidable, con sus pechos mejores que el vino, ella pregunta al amado en qué pasto ha de ses-tear sus cabritos. En el segundo capítulo, el esposo rompe las cadenas de la madrugada y sueña con la esposa dormida como nardo en los brazos blancos de la niebla. La segunda noche es copa de rocío sobre las flores heridas, bálsamo estelar para las plantas. El polen de las rosas fecunda el seno de ébano de la amada y algún pájaro sueña su instrumento plateado en el silencio henchido de estrellas. Ella está allí, con el cabello violeta mojado sobre la espalda desnuda. La segunda noche el esposo no viene. Mientras los astrónomos siguen el curso de los astros y los astrólogos explican el significado de los eclipses, la amada va ebria de afán y de soles. Olfatea al amado, como la cierva tímida, nostálgica de amor en las frondosidades de la selva. Ya le tiene. La noche pasó con rumores de fuentes y decoróse de rebaños el lienzo verde de las campiñas. ¡Cómo se elogia la belleza caliente de la amada! Más luego, el amado, el amado semejante a la corza y el cervato, el que ama su alma, se ha perdido por los valles y montes,

y las doncellas de Jerusalén darán noticias. Las cosas que se alejan se desean más; cuando se juntan, se abrasan en la lámpara de los deseos. “Litera hizo para sí el rey Salomón, de maderas del Líbano”, preciosa silla gestatoria que sirve para llevar en hombros al amado. ¿Se han agotado las delicias en los hoyuelos gráciles de la esposa? No. La quinta noche tiene encendidas alabanzas: frutas, vinos, leche, y miel, regalos y ofrendas para imágenes y cultos de un santuario azul y enorme, iluminado por las bujías de los rosales. La séptima noche se abre llena de deleites. ¡Qué bella está la del ombligo que es taza torneada, que nunca está falta de bebida, la del vientre como montón de trigo cercado de lirios, la de los pechos como dos cervatillos mellizos de corza, la del cuello como torre de marfil, la de los dientes como ovejas, la de los juegos de muslos como ajorcas que han sido labradas de mano de artífice, la de los ojos de paloma! ¡Qué hermoso está él, hacecito de mirra, con la corona con que le coronó su madre en el día de los desposorios, con la cabeza llena de rocío y las guedejas cubiertas por las gotas de la noche!

“Levantémonos de mañana a las viñas, veamos si floreció la viña, si producen fruto las flores: Allí te daré mis pechos!” Grandes arcanos del amor, comunión de los seres que no hallan un lenguaje alado en la tierra para expresar el inefabilísimo afecto que los domina y los enlaza, y es en un tropel de símbolos que se entregan al canto sinfónico y eterno de la belleza. Forma perfecta del amor, mística unión espiritual que los hace resplandecer dentro del círculo superior de los sueños, más allá de las agrias y duras realidades tan en oposición con el estado extraordinario de éxtasis. ¡Cómo penetra esa gracia en mí y cómo se elevan la mente y el alma en la fuerza que no se sabe de dónde viene, pero que se sabe va ebria de su luz a enfrentarse con los siglos venideros! ¿Dónde, en qué punto del Universo, estará la mano, hecha polvo, del profeta inspirado, del genio leal a la tradición y al mito, amador del alma rendida, de la idea y el número de la hermosura, excelsísimo e inacabable ideal del hombre que aspira a tener un sitio de predilección?

Lengua que llega a mi corazón es el vernáculo convertido en estrofa armónica y ondulante. Oscura lengua hebrea, a la que dio claridad y música el poeta en la concepción de su obra para la eternidad.

Rey de reyes aquel que la transformó, dándole riqueza, flexibilidad y donosura, sabio y pródigo descendiente del rey divino, señor de las celestes letras. Cada vocablo, cada frase de este libro misterioso, no tiene menos de tres significaciones diferentes: el sentido literal, el sentido figurado y el sentido esotérico. Oscura lengua hebrea en que fue escrita la Cábala y que fue transmitida, según los Rabinos, desde Adán hasta Moisés, y que, gracias a las fórmulas cabalísticas, pudo verificar portentosas proezas. En el Libro del Zósimo, dice Berthalot, se habla de siete talismanes preparados por Salomón según el número de planetas; estos talismanes resultarían las botellas de electrum en las que encerró unos demonios, quedando así supeditadas a su voluntad y sin poder resistir a la virtud de las letras escritas encima. El sello de Salomón con sus dos triángulos enlazados, nos da una idea del entronque de los seres. Estas siete noches ensalzadas por el rey poeta en su cántico a la Sabiduría Divina o el Amor de la Divinidad, son como los siete talismanes creados por el sabio en armonía con los siete planetas tan llenos del hombre y sus destinos.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Evaristo Ribera Chevemont, “El Cantar de los Cantares I”, *Puerto Rico Ilustrado*, año XVI, número 803, 25 de julio de 1925; p. 26.